



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Manzanal, Mabel

Crisis, especulación y desigualdad en América Latina : las nuevas formas de valoración del capital y de producción del territorio frente a la problemática del hambre y la desnutrición



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Manzanal, M. (2014). *Crisis, especulación y desigualdad en América Latina : las nuevas formas de valoración del capital y de producción del territorio frente a la problemática del hambre y la desnutrición*. *Revista de ciencias sociales*, 6(25), 27-44. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1589>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Mabel Manzanal

Crisis, especulación y desigualdad en América Latina

LAS NUEVAS FORMAS DE VALORACIÓN DEL CAPITAL
Y DE PRODUCCIÓN DEL TERRITORIO FRENTE A LA
PROBLEMÁTICA DEL HAMBRE Y LA DESNUTRICIÓN¹

Introducción

En el presente, las formas de producción del espacio que garantizan el crecimiento y la sobrevivencia del capitalismo en buena parte de los países de América Latina están centradas en el sector primario, resultado del avance de la producción de *commodities* y de la gran minería. Ambas constituyen formas productivas dominantes en la configuración del espacio latinoamericano.

Desde luego que estos no son procesos lineales, ni unívocos, ni tienen asegurada su continuidad. Tanto por la crisis que afecta a la economía mundial desde 2008 (o incluso antes), como por la resistencia social a este modelo de funcionamiento a escala planetaria.

La economía mundial, aunque haya superado en 2013 la amenaza de la Gran Depresión, vive lo que el Premio Nobel de Economía 2001, Joseph Stiglitz (2014, p. 4) define como el Gran Decaimiento: disminución inexorable de la media de los ingresos, 50% de jóvenes desocupados en Grecia y España, continuación de las políticas de austeridad con su consecuente efecto recesivo y, conjuntamente, la desaceleración del crecimiento de los países emergentes.

Sin embargo, la acelerada expansión de la producción de *commodities* (como la soja en América Latina y en el mundo)² genera múltiples expectativas positivas, desdibujando o acallando las

¹ Este artículo se enmarca en el contexto de los proyectos: PICT FONCYT-Agencia (2011 0836); UBACYT (2008 F056 y 2011 F154); y PIP Conicet (2009, 1879 y 2012, 0273), todos ellos dirigidos por Mabel Manzanal.

² En 1990-1991 la producción mundial de soja era de 100 millones de toneladas (USDA, agosto de 1998) y en 2007/08 se había más que duplicado, pasando a ser de 218 millones, es decir, el 84% de la producción mundial de oleaginosas (USDA, agosto de 1998, Foreign Agricultural Service).

críticas respectivas. Y aparentemente nos coloca ante la siguiente disyuntiva: ¿el *boom* de la soja, y concomitantemente de los agro-negocios,³ es la clave que permitirá a muchos países de América Latina y de las zonas más pobres del mundo generar un nuevo tipo de desarrollo y sacar de la pobreza a la mitad, o más, de sus respectivas poblaciones? ¿Se trata de un panorama alentador para la satisfacción de una necesidad tan básica como el acceso a la alimentación?

En realidad, consideramos que el resultado es el inverso. Pero ello nos obliga a desandar un largo camino para *desenmascarar* (en cuanto sea posible) las creencias y afirmaciones que asocian este *boom* productivo en el agro con la solución de buena parte de los problemas de (i) hambre y (ii) pobreza de los países de América Latina, Asia y África.

Asimismo, se sostiene que todo esto resulta muy viable para América Latina, dados sus recursos naturales acordes a este nuevo designio de acumulación capitalista. Para alcanzar ese desarrollo deseado sería suficiente con respetar y seguir las nuevas reglas (productivas, tecnológicas, comerciales, institucionales) dominantes a escala planetaria.

Sin embargo, otro es el panorama cuando observamos que el hambre y la no sustentabilidad energética, presentes en el escenario mundial, provienen del modelo capitalista de crecimiento y acumulación; cuyos usos, cada vez más intensivos, regresivos y degradantes del espacio, el territorio y sus recursos, son una resultante de la concentración de la riqueza, con sus repetidas crisis de sobreacumulación.

En América Latina en particular (pero también en otros países de Asia y África) desde el nuevo milenio la valoración del capital se genera a través de formas cada vez más intensivas de explotación y exportación de bienes primarios, como los cultivos asociados con los agrocombustibles –soja, caña de azúcar, maíz, palmera– los hidrocarburos –gas y petróleo– y los metales y minerales –oro, plata, cobre, bauxita–. En todos estos casos los precios se fijan internacionalmente y suelen tener un sostenido crecimiento que deriva en concomitantes crisis de alimentación con sus secuelas de hambruna, que suelen anteceder a las crisis luego reconocidas como crisis financieras, energéticas y económicas, con recesiones generalizadas.

Distintos autores asocian esta etapa con un modelo productivo *extractivista* que conlleva a un proceso de “reprimarización de las economías latinoamericanas” (Svampa, 2013).⁴ Este no solo implica una reorientación hacia actividades primarias extractivas o maquilas, con escaso valor agregado, sino que también conlleva

³ En este trabajo se utilizan indistintamente los términos “agrocombustible” y “bio-combustible”.

⁴ Asimismo, estos autores identifican una nueva etapa en el proceso de acumulación neoliberal, denominada “Consenso de los *commodities*”, lo cual refiere a un nuevo acuerdo del capital hegemónico a nivel internacional, sucesor del conocido Consenso de Washington. Maristella Svampa (2013, pp. 30 y ss.) sostiene que en el último decenio América Latina pasó del Consenso de Washington, asentado sobre la valoración financiera, al Consenso de los *commodities* basado en la exportación de bienes primarios a gran escala. Y lo caracteriza como “un nuevo orden económico y político-ideológico, sostenido por el *boom* de los precios internacionales de las materias primas”.

una pérdida de la *soberanía alimentaria*,⁵ a través de la exportación de alimentos a gran escala con destino al consumo animal o a la producción de biocombustibles, como sucede con la soja, el maíz, la caña de azúcar, entre otros (Svampa, 2013, p. 32).

Desde el nuevo milenio estamos enfrentados, por diferentes razones, a un renovado y potencial proceso de ampliación y profundización de la desigualdad social de la gran mayoría de la población latinoamericana y mundial; y no con un retroceso como prevén los Objetivos de Desarrollo del Milenio (UN Millennium Project, 2005) y como parecieran sugerir datos aislados y descontextualizados sobre el aumento de los sectores medios, en países como India, China, Brasil. La propia Cepal lo sostiene:

El escándalo de las desigualdades, *que se exacerbaron como nunca antes en el modelo financierista que se impuso en el mundo en las últimas décadas*, suscita la indignación compartida a la luz del desfondamiento de ese modelo tras la crisis. Podrán paliarse sus consecuencias financieras, pero no podrá borrarse la conciencia planetaria adquirida en este último año respecto de la arbitrariedad del modelo, ni podrá evanescerse la indignación que causan sus inequidades (2010, las cursivas son nuestras).

Asimismo, en este marco analítico está latente la percepción de que estamos enfrentados a una situación que coloca cada vez más al límite el funcionamiento del sistema capitalista. Y esto se percibe tanto desde los propios mecanismos de funcionamiento de la economía mundial, como por la depredación y destrucción de los recursos territoriales que confluyen en el proceso de producción y consumo del sistema. Precisamente, creemos que las siguientes reflexiones de prestigiosos referentes nos aportan una excelente síntesis acerca de nuestro contexto de análisis y del futuro al que nos enfrentaremos.

En primer lugar, en relación con la economía a escala mundial y con el manejo de la política, el comentario de Stiglitz (2014, p. 4) resulta convincente:

Tenemos una economía mundial de mercado que no funciona. Tenemos necesidades no atendidas y recursos infrautilizados. El sistema no está produciendo beneficios para grandes segmentos de nuestras sociedades y la perspectiva de mejoras importantes en 2014 —o en un futuro previsible— no parece realista. Tampoco parece que el sistema político tenga capacidad para introducir, en los niveles nacional y mundial, las reformas que podrían crear perspectivas de un futuro mejor.

⁵ Soberanía alimentaria refiere al derecho de todas las personas a alimentos saludables, culturalmente apropiados y producidos sustentablemente; y asimismo al derecho de todas las comunidades a definir sus propios sistemas de alimentación y agricultura. Se trata de democratizar el sistema alimentario a favor de toda la población y en particular de los pobres. En 1996, Vía Campesina, organización internacional de campesinos, pastores y pescadores, hizo un llamado mundial para la soberanía alimentaria que amplificó las voces de los movimientos sociales en lucha por una reforma agraria, el control de los recursos locales, el establecimiento de mercados justos, la construcción de sistemas alimentarios comunitarios y de una agricultura sostenible (Holt-Giménez y Patel, 2012, p. 12).

En segundo lugar, en relación con la suba del precio de los alimentos y su interrelación y disyuntiva con el aumento del precio del petróleo, Holt-Giménez y Patel (2012, pp. 21-22) nos señalan:

El precio del petróleo, el cual fluctúa entre US\$60 y US\$140 el barril, presiona el precio de los alimentos de manera intermitente pero tendiendo al alza. Cuando el precio del petróleo está alto, suben los costos de producción y de distribución de comida, lo cual sube el precio de los alimentos. Cuando el precio del petróleo está bajo, en vez de que baje el precio de los alimentos, los ahorros se convierten en ganancias para los comerciantes de granos y los minoristas. El resultado es que los precios de los alimentos tienden a mantenerse estables, no a bajar.

Es un hecho que la comida industrial moderna requiere para su producción cada vez más calorías de combustible derivado del petróleo (para el transporte de insumos y productos o para la industria de fertilizantes químicos, pesticidas y maquinaria). Seguramente es por eso que el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos (USDA por su sigla en inglés) estima que los costos de producción continuarán subiendo y pronostica que para la próxima década producir una tonelada de cereales costará 15% más (Holt-Giménez y Patel, 2012, p. 22).

Y, en tercer lugar, en relación con los límites del propio crecimiento, en tanto el actual modelo de acumulación y de consumo conlleva la explotación exacerbada y la destrucción de los recursos planetarios. Franz J. Hinkelamert (en Fernández Nadal y Silnik, 2012) lo expresa cabalmente del siguiente modo:

Un crecimiento lineal, alto, no es sostenible, y esto se hace presente hoy en el plano del petróleo y de los cereales. En el caso del petróleo, la experiencia empírica demuestra que una tasa de crecimiento del 5%, aproximadamente, presupone un crecimiento del consumo de petróleo del 2% al 3%. Si lo calculamos a veinte años, un crecimiento así representa un aumento de 1/3 en el consumo del petróleo [...]: ¡no hay suficiente petróleo para eso! ¿Cómo quieren sustituir el consumo del petróleo? Con los cereales. Entonces, aumenta la producción de cereales y baja la de alimentos de seres humanos [...].

Sobre estas cuestiones se reflexiona en el presente trabajo, aunque en particular nos interesa subrayar la interacción entre el sistema energético, el agroalimentario, las recurrentes crisis y la problemática del hambre. Para ello analizamos las relaciones entre energía, produc-

ción de alimentos y financierización de la economía, a través de las distintas causas-consecuencias que enmarcan las crisis que, desde la década de 1970, dominan el panorama mundial y de América Latina. Este enfoque considera que el análisis de “la acumulación, el territorio y el poder” explica esta problemática y que en el entramado de las crisis estas cuestiones suelen tornarse más evidentes.

Petróleo y crisis: visualizando sus interacciones

Es consensualmente reconocido el rol decisivo que la producción y consumo de petróleo han tenido y siguen teniendo en la geopolítica global, en el desarrollo del capitalismo desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad (más de medio siglo atrás) y en la configuración del espacio terrestre en su totalidad.

Especialmente, nos interesa detenernos en la centralidad que tuvo el petróleo tanto en la crisis energética de 1973 como en la gestación de lo que se conoció más tarde como la década pérdida de América Latina (1980-1990).

En 1973 la OPEP aumentó notoriamente el precio del petróleo, conduciendo a graves consecuencias socioeconómicas a nivel mundial y a problemas de abastecimiento energético en casi todos los países del mundo con excepción de los mayores productores de petróleo (países árabes y Venezuela).⁶ En aquella etapa, la economía europea fue la más afectada, debiendo reestructurarse y transformar su modalidad de abastecimiento energético.

Múltiples y variados efectos socioeconómicos y políticos institucionales resultantes de la crisis internacional de 1973-1975 perduran hasta el presente por las transformaciones ocurridas a favor del sistema financiero.⁷ Una enorme circulación de petrodólares benefició a los bancos norteamericanos, que desde entonces comenzaron un proceso de concentración y control del sistema financiero, ayudados por los gobiernos que implementaron desregulaciones a su favor. Estas facilitaron la diversificación de oportunidades de inversión, garantizaron la movilidad internacional del capital, subsidiaron sus inversiones y aseguraron el reintegro de sus ganancias a las casas matrices.

Entonces, el sector financiero se constituyó en el principal referente del funcionamiento económico mundial. Pero por su propia vulnerabilidad intrínseca (siempre en competencia con el crecimiento y la competitividad de la economía real en diferentes sectores productivos, zonas geográficas y países centrales o emergentes) comenzó a darse una sucesión de crisis nacionales, regionales y

⁶ Refiriéndose al aumento de los precios del petróleo, Harvey (2003, p. 25, traducción nuestra) revela que entre la administración Nixon y los sauditas e iraníes realizaron acuerdos fraudulentos (documentados y descubiertos recientemente) “para elevar considerablemente en 1973 los precios del petróleo”, perjudicando especialmente a las economías de Europa y de Japón.

⁷ El origen de esta crisis se puede remontar a mediados de la década de 1960. Entonces estaba claro que desde Europa Occidental y Japón se desafiaba la hegemonía de Estados Unidos. Y tanto el fordismo como el keynesianismo mostraban su incapacidad para contener las contradicciones inherentes al capitalismo (expresadas a través de rigideces en el campo de las inversiones de largo plazo, en la producción en masa, en el mercado de la fuerza de trabajo). Esto sucedió en un contexto de baja productividad de Estados Unidos (sosteniendo, además, la guerra de Vietnam). La respuesta de este país para mantener el sistema pasó por su política monetaria. A través de las finanzas, Estados Unidos (que se encontraba con dificultades competitivas en el campo de la producción) recuperó su amenazada hegemonía, y Nueva York pasó a constituirse en el centro financiero de la economía global, ya que aquel acuerdo oculto implicaba que “los bancos norteamericanos obtuvieran el privilegio monopolista de reciclar los petrodólares de la economía mundial”.

mundiales, cada vez con mayor frecuencia durante las siguientes décadas (1980, 1990, 2000).

Otro Premio Nobel de Economía (2008), Paul Krugman (2014, p. 5), refiere a este proceso asociándolo también con el surgimiento de los “flujos de capital transfronterizos”, “con la creciente agresividad de los bancos”, que surge hacia fines de 1970, mencionando que “los intervalos entre crisis parecen estar acortándose, y las consecuencias de cada crisis parecen peores que las de la anterior”. Específicamente detalla:

Después de la Segunda Guerra Mundial, por una generación el sistema financiero estuvo, para los estándares modernos, notablemente libre de crisis, probablemente porque la mayor parte de los países restringían los flujos de capital transfronterizos, de modo que el crédito internacional era limitado.

Pero a fines de la década de 1970, la desregulación y la creciente agresividad de los bancos condujo a un gran aumento de los fondos hacia América latina, seguido por lo que después se conoció en el mercado como el “parate” de 1982, y una crisis que llevó a una década de estancamiento económico.

América Latina luego volvió al crecimiento (si bien México tuvo una fea recaída en 1994); pero en los noventa, una nueva versión de la misma historia se desarrolló en Asia: enormes flujos de capital seguidos por una detención súbita y una implosión económica. [...] Más recientemente, otra versión de lo mismo tuvo lugar dentro de Europa, con una oleada de dinero hacia Grecia, España y Portugal, seguida de una detención brusca y de una enorme penuria económica.

La crisis de la deuda latinoamericana de 1982 estuvo asociada a los préstamos y al endeudamiento que se multiplicaban durante la década de 1970 (destinados tanto al sector público como al privado, de distintos países latinoamericanos). La debacle comenzó cuando México anunció que no podría afrontar el pago de los servicios de su deuda, lo cual fue una consecuencia de que Estados Unidos subiera drásticamente, hacia 1980, la tasa de interés, alcanzando su mayor nivel histórico (21,5%).

Esta fue la mecha que desató el incendio. Entonces, la crisis se extendió por el resto de Latinoamérica y derivó en medidas restrictivas y planes de ajustes en los países deudores, asesorados y supervisados por el Fondo Monetario Internacional (FMI). El FMI se constituyó desde entonces en un actor central en el diseño de la política económica de los países latinoamericanos. Un resultado de este proceso fue que aumentaron aún más el poder y el control del sector financiero sobre la economía global.

Aquí es importante subrayar que uno de los principales antecedentes de la crisis de la deuda de 1982 fue la suba del precio del petróleo ocurrida en 1973 (casi 10 años antes). Tanta relevancia ha tenido el petróleo como la sigue teniendo en la actualidad; crisis, guerras y muchas vidas dependen y se pierden por su control y disponibilidad.

Como señala Harvey (2009, p. 24, traducción nuestra): “No hay duda que el petróleo es crucial. Pero no es tan fácil determinar exactamente cómo y en qué sentido lo es”.

Hambre y subnutrición, un desenlace del actual proceso de acumulación

En el contexto anteriormente descrito y en la misma época de la crisis energética de 1973, hacia fines de la década de 1970 surge la preocupación por la generación de energías no convencionales, renovables o alternativas (entre ellas los agrocombustibles). Estas se promueven para aumentar la oferta energética, suplir carencias y déficits y afrontar en mejores condiciones las crisis del petróleo. Han comenzado a ejercer un rol importante en el proceso de acumulación capitalista y transformación espacial; aunque su participación en la demanda resulte muy inferior a la de la energía convencional.⁸

Sin embargo, la importancia del crecimiento experimentado por la producción de biocombustibles es significativa por otras razones. Entre ellas nos interesa destacar:

- *La competencia por el uso de la tierra* que se plantea entre la producción de agrocombustibles y de alimentos con el consecuente riesgo para sostener la seguridad y la soberanía alimentaria de los diferentes países y regiones.
- *La destrucción de los sistemas productivos locales de alimentos básicos*, componentes tradicionales de las respectivas dietas regionales, ante el avance de cultivos destinados a producir biomasa, es ya una realidad en Latinoamérica.
- *La transformación del espacio a favor de configuraciones territoriales más regresivas y dependientes* del proceso de acumulación del capital global, financiero y especulativo.
- *El surgimiento y consolidación de conflictos sociales y ambientales*, resultantes de la expulsión de población, destrucción de fuentes de trabajo, depredación de suelos, contaminación ambiental, problemas de salubridad, afectación y disminución de la biodiversidad.

⁸ En la matriz energética mundial, el petróleo, el gas natural y el carbón prevalecen. Según la AIE (Agencia Internacional de Energía), en el 2009 concentraban alrededor del 80% de la demanda mundial (petróleo 33%, carbón 27% y gas natural 21%). Y la misma Agencia estima una participación apenas menor para 2035 (petróleo 28%, carbón 24% y gas natural 23%). Por su parte, los biocombustibles (biomasa) representaban en esta matriz un 10% en 2009 y un 11% para 2035, <http://www.repsol.com/es_es/corporacion/conocer-repsol/contexto-energetico/matriz-energetica-mundial>, consultada el 14-09-2013.

En este contexto de avance de la producción de biocombustibles, situaciones de hambre y crisis alimentarias quedan ocultas o se presentan con características difusas. Según Holt-Giménez y Patel (2012, p. 11) aparecen como “un maremoto silencioso’ que se levanta sobre una población inconsciente e impotente ante una destrucción masiva”; agregando que esto se da a pesar del carácter crónico y cada vez más severo de estas crisis (como sucedió con la de 2006-2008 –iniciada por una enorme suba en el precio de los alimentos–).⁹ Precisamente, desde la crisis energética de 1973 hay registros sobre la problemática del hambre y la subnutrición relacionados con la reacción de diferentes instituciones internacionales que proponían acciones y metas para enfrentarlas y siempre sus resultados han sido escasos o nulos.¹⁰

La crisis de 2006-2008 derivó en reacciones populares violentas, donde “mataron a muchas personas y cientos de ellas fueron heridas o detenidas”. Estas movilizaciones se extendieron por alrededor de 30 países del mundo entre 2007 y 2008, entre otros en Bangladesh, Costa de Marfil, Egipto, Haití, India, Indonesia, México, Marruecos, Yemen (Holt-Giménez y Patel, 2012, pp. 8 y 11).

Pero estas protestas no estuvieron solo relacionadas con el hambre. A través de los distintos continentes miles de personas se manifestaron en contra del aumento descontrolado del precio de los alimentos básicos. Se trataba de:

Manifestaciones organizadas en contra de los altos precios de los alimentos en países que antes tenían excedentes de comida, y en donde el gobierno y la industria no responden a las demandas de la población. Dolorosamente proféticas, las protestas señalaron el comienzo de la crisis financiera y la recesión económica que vive hoy la economía mundial (Holt-Giménez y Patel, 2012, p. 18).

En realidad, los problemas y efectos de las crisis alimentaria y energética son complejos y su origen antecede y es más estructural que lo que se visualiza al momento en que las crisis se difunden internacionalmente. Holt-Giménez y Patel (2012, pp. 21 y 31 y ss.) diferencian entre causas *próximas* y *originarias* de las crisis alimentarias. Entre las causas próximas que desatan el aumento del precio de los alimentos, señalan cinco: (i) el precio alto del petróleo, (ii) la expansión de los agrocombustibles, (iii) el consumo de carne de animales alimentados con granos, (iv) las cosechas fallidas debido al mal clima, y (v) la especulación con los precios de los alimentos –después de que empezaron a subir–. Y entre las causas originarias (que asimilamos con las más estructurales) mencionan y explicitan: (i) el desarrollo y la

⁹ Vale observar que entonces no se trató de un problema de escasez de alimentos sino de aumento de precios. Las cuentas de los alimentos importados –arroz, trigo, aceites vegetales– de los países subdesarrollados subieron casi un 40% en un año (entre 2007 y 2008). Y según un informe de la ONU, en el 2008 estos países importaban alimentos por un valor tres veces superior al del año 2000, debido al aumento de precio y no a un mayor volumen, Holt-Giménez y Patel (2012, p. 7).

¹⁰ En 1974, la Conferencia Mundial de Alimentos prometió erradicar el hambre en los niños en 10 años, frente al dato de 500 millones de población con hambre en los países en desarrollo. En 1996 ese número superaba los 830 millones y la Cumbre Mundial de Alimentos (CMA) prometía para el año 2015 una reducción de 50%. Igual propuesta hizo la Cumbre del Milenio en 2000. Pero en 2002 la CMA admitió que no se había avanzado en aquel objetivo, y subsistían 850 millones de personas con hambre. Cifra que alcanzó los 1.000 millones en 2008, según la Conferencia Mundial de Seguridad Alimentaria de la FAO (Holt-Giménez y Patel, 2012, p. 193).

revolución verde (1960-1990), (ii) la sobreproducción y la asistencia alimentaria, (iii) los programas de ajuste estructural de las décadas de 1980 y 1990 y (iv) los Tratados Regionales de Libre Comercio y la Organización Mundial de Comercio (OMC).

También las crisis del sector financiero, que se vienen sucediendo especialmente en las últimas décadas, tienen causas coyunturales y estructurales, que han conducido a la financiarización de la economía de los últimos 20 o 30 años, con los bancos desempeñando un lugar central en el funcionamiento del sistema económico. Lo cual lleva a que las crisis financieras sean inmediata y mundialmente reconocidas, en tanto atacan el *corazón* del sistema de acumulación, y que por ello se las perciba como un riesgo sistémico. Y, sin embargo, no son independientes de lo que sucede en las otras áreas de la economía (energía, alimentos) que, antes o después, arrastran a otras crisis sectoriales que repercutirán en otras partes del mundo. Porque, en definitiva, el sistema global está cada vez más interconectado y los efectos de las recesiones en una zona o sector productivo se expanden rápidamente al resto.

Al respecto, vale detenernos en reflexionar acerca de *la diferente percepción social respecto a las crisis y a sus efectos socioeconómicos, espaciales y ambientales*, según se trate de crisis alimentaria, energética o financiera. Por ejemplo, la dependencia energética del petróleo se traduce en que una crisis en ese sector sea reconocida rápida y ampliamente —lo cual se viene dando desde la crisis mundial del petróleo de 1973—. ¹¹ Sin embargo, otra parece ser la percepción respecto a los efectos sociales y territoriales asociados con el hambre; porque estos resultan menos visibles, más ocultos aunque sus consecuencias sociales sean extendidas, agudas y trágicas.

Seguramente la explicación es que los más directa y agudamente afectados por las crisis alimentarias conforman la población más pobre y marginal del mundo, y por lo tanto la menos atendida en sus necesidades y planteos. Es este contexto de invisibilidad el que permite ocultar la expresión más extrema de las desigualdades sociales (hambre y desnutrición) que el actual modelo de dominación y valorización del capital genera. Poco o nada se dice que estos especuladores no solo son indiferentes al hambre y la vida de los más desprotegidos del planeta, sino que lucran con el hambre. Carlo Scaramella, representante del Programa Mundial de Alimentos, se refiere a este ocultamiento y lo señala específicamente para el caso de América Latina:

El hambre que existe en América Latina es un hambre mucho más invisible. Su nombre técnico es *desnutrición estructural crónica*, y se llama así porque es algo que está escondido. No tiene el mismo

¹¹ Lo mismo sucede con las crisis del sector financiero, con los bancos y su desempeño en un lugar central del funcionamiento económico. Esto último lleva a que *las crisis financieras sean reconocidas mundialmente en forma inmediata*. Porque atacan el *corazón* del sistema de acumulación y, por lo tanto, se las percibe como un riesgo sistémico. Sin embargo, no son independientes de lo que sucede en las otras áreas de la economía (energía, alimentos). Ya que el sistema global está cada vez más interconectado y los efectos de las recesiones en una zona o sector productivo se expanden rápidamente al resto.

rostro que el hambre que se da cuando ocurre un shock repentino. [...] *Escondido a escala mediática y escondido también socialmente* (las cursivas son nuestras).¹²

¹² Scaramella ha trabajado muchos años en África y al momento de la entrevista (junio de 2008) estaba en El Salvador. En ella sostiene haber visto mucha hambre y en todas sus facetas, y que el hambre puede darse por la guerra, por la violencia social, por la marginalidad social. Disponible en <<http://lacomunidad.elpais.com/>>.

¹³ Estas cifras indican que más del 12,5%, o 1 de cada 8 personas, de la población mundial (6.974 millones en 2011 –FAO, 2013, p. 22) está subnutrida o consume comida por debajo o menos que los requerimientos energéticos dietarios mínimos. Pero esta prevalencia es baja en los países desarrollados y, en realidad, es en los subdesarrollados donde alcanza cifras preocupantes, con una prevalencia promedio del 15% (1 de cada 6 o 7 personas). La subnutrición se concentra en los países de menor desarrollo, comenzando por los de Asia, luego África y finalmente América Latina –FAO, 2013, p. 70). Véase <robertoelsalvador.com/2008/6/29/yo-he-visto-mucha-hambre->.

¹⁴ Téngase en cuenta que estamos hablando sobre la base de cifras resultantes de estimaciones. La propia FAO aclara que este cálculo de la población subnutrida para 2010-2012 se realizó a partir de una metodología mejorada que también se aplicó para reestimar los datos de los períodos previos (FAO, 2013, p. 70). Entonces las cifras pueden estar subvaluadas, dada

La más reciente estimación de población mundial subnutrida es de 870 millones de personas (para el período 2010-2012), de las cuales 852 millones están localizadas en países de Asia, África y América Latina (FAO, 2013, p. 67).¹³

Asimismo la FAO (2013, p. 70) en sus datos comparativos de etapas previas considera que la subnutrición se mantiene alta en cifras absolutas y evalúa que en los últimos 5 años el avance en su reducción ha sido lento (desde 2006 en adelante).¹⁴ Sin embargo, por las cifras que aportan se puede observar que el retroceso de la subnutrición en los países subdesarrollados es aún más lento que lo que evalúa la FAO. Hace más de una década (en el inicio del nuevo milenio, en 2001) el total estimado, según la misma metodología, era de 901 millones de personas subnutridas con una prevalencia en la población mundial de 18,3%, y una década después esa cifra se ha reducido menos de un 10% a pesar de que los Objetivos de Desarrollo del Milenio (MDG en su sigla en inglés) proponían para el 2015 reducir a la mitad la pobreza extrema y el hambre del mundo (UN Millennium Project, 2005, p. 15).¹⁵

Graziano da Silva (director de la FAO) sostiene que: “La cifra ilustra uno de los grandes contrastes de nuestro mundo: la desigual distribución de alimentos, ingresos y oportunidades”. Y afirma que la FAO ha adoptado el reto del Secretario General de las Naciones Unidas, Ban Ki-moon, de conseguir erradicar el hambre en la actual generación. Sin embargo, pareciera que entre estas afirmaciones y los hechos reales existiera un abismo de negaciones.¹⁶ Porque no se reconoce en estos discursos y propuestas que las consecuencias sociales, económicas y ambientales corresponden a una misma causa:

Los impactos están todos interrelacionados: la falta de alimentos para la gente, la escasez de energía para las máquinas y la crisis de medioambiente. Es todo una gran crisis, una crisis global; la enfocan como si fuera una crisis del clima, pero *es una crisis de los límites del crecimiento, una rebelión de los límites*. Como no se los ha respetado para nada, ahora los propios límites se rebelan. Y ahí aparece de nuevo la necesidad de otra civilización, por el lado de la producción misma de alimentos y de energía (Hinkelammert en Fernández Nadal y Silnik, 2012, las cursivas son nuestras).

En definitiva, la comprensión de los problemas actuales de marginación y desigualdad social en América Latina exige indagar y

buscar un mejor entendimiento de la cuestión del hambre y de la subnutrición en su relación con la valorización del capital. Para lo cual debemos adentrarnos en el análisis de la complementación y la disyuntiva creciente entre producción de energía y alimentos y su interrelación con la generación de repetidas crisis, que cada vez se tornan más globales, sistémicas y civilizatorias.

¿Seguridad y soberanía alimentaria? o ¿inseguridad y dependencia alimentaria?

La seguridad y la soberanía alimentaria¹⁷ de los pueblos y naciones del mundo están en riesgo. Lo cual se vincula con la mayor demanda internacional de granos, que deviene de: (i) la producción de biocombustibles (dirigidos –según se dice– a mitigar la crisis energética y la volatilidad del precio del petróleo); y (ii) el aumento del consumo de carne proveniente de ganado que se alimenta con granos (producto de la reproducción de las prácticas dietarias de Estados Unidos y Europa en el resto del mundo).¹⁸

La promoción de biocombustibles potencia la preexistente disyuntiva entre producción de energía y alimentos.¹⁹ Aunque en realidad, deben ser considerados campos de fuerza en conflicto, expresión de relaciones de poder buscando generar ganancias que aseguren su proceso de acumulación.

A través de los biocombustibles, la expansión espacial del capitalismo agudiza la desigualdad socioterritorial preexistente porque:

Los agrocombustibles tornan a la producción de alimentos doblemente vinculada a los precios del petróleo. En tanto que todavía mucho combustible fósil es usado en la producción de alimentos, los precios del petróleo inciden sobre los costos de producción. En contrapartida, esos mismos precios estimulan a la producción de agrocombustibles y provocan una competencia tanto en el uso de los suelos como en las inversiones. Finalmente, aquellos productos alimenticios, que también pueden ser empleados en la producción de agrocombustibles, serán destinados para este fin (Von der Weid, 2009, p. 123).

De hecho, diversas configuraciones espaciales que se vinculan con la expansión de los *commodities* del sector agropecuario y con el abastecimiento energético dan cuenta de situaciones extremas, en el límite de la sostenibilidad social y ambiental. Sin embargo, “los gobiernos se vieron forzados a cuestionar el uso de recursos alimentarios para la producción de combustible” recién cuando esta-

la dificultad de evidenciar estos graves problemas y de los fuertes intereses sociales, económicos e institucionales en juego.

¹⁵ Véase también <<http://www.unmillenniumproject.org/goals/gti.htm>>. Consultado el 12-09-2012.

¹⁶ Inauguración de la Conferencia Bienal de Terra Madre, organizada en Turín por el movimiento Slow Food International, 20-10-2012. Véase <<http://www.fao.org/news/story/es/item/163183/icode/>>.

¹⁷ Hay una vasta discusión, académica y política, sobre seguridad y soberanía alimentaria. El concepto de *seguridad alimentaria* surge en la década de 1970 desde la FAO y en el presente se lo utiliza fundamentalmente ligado con el accionar y las políticas desde los gobiernos. Es en la Cumbre Mundial sobre Alimentación de 1996 donde se adopta la definición de seguridad alimentaria más aceptada actualmente: “existe seguridad alimentaria cuando todas las personas tienen en todo momento acceso físico y económico a suficientes alimentos inocuos y nutritivos para satisfacer sus necesidades alimenticias y sus preferencias en cuanto a los alimentos a fin de llevar una vida activa y sana” (Manzanal y González, 2010, p. 19). Por su parte, el concepto de Soberanía Alimentaria (definido en nota al pie 5) prevalece y se difunde entre las organizaciones sociales. Apareció precisamente hacia el año 2000, impulsado por Vía Campesina Internacional

lla, entre 2006 y 2008, la crisis mundial por la suba especulativa en el precio de los alimentos (Holt-Giménez y Patel, 2012, p. 64). Porque entonces la escasez de alimentos se convirtió en un problema internacional claramente conectado con aquella suba extraordinaria de precios, que impidió a mucha gente acceder a ellos.

Por su parte, la expansión de la industrialización y generalización a nivel mundial del consumo de carne a partir de ganado engordado con granos, también afecta la seguridad y la soberanía alimentaria mundial, especialmente de los sectores de menores recursos:

El impacto de las dietas de carne en el sistema alimentario mundial tiene que ver tanto con *cómo* se produce la carne como *quién* se beneficia económicamente de su producción [...] La llamada “transición nutricional” ha significado que un número mayor de personas en los países en vías de desarrollo aspiran tener las dietas no sostenibles de EUA y Europa Occidental, en donde la gente come tres veces más carne que la gente de países en vías de desarrollo (Holt-Giménez y Patel, 2012, pp. 22-23).

Se trata de un negocio de alta rentabilidad que ha llevado al incremento de las instalaciones industriales destinadas al engorde de ganado. Las nuevas dietas basadas en un mayor consumo de carne se difunden en China, India y en general en los países subdesarrollados, entre sectores medios y altos, promovidas por las industrias transnacionales de producción de carne. Pero:

Mientras más recursos se destinan a la producción de carne hay menos tierra, agua y recursos para producir los granos, tubérculos y legumbres que mantienen viva a más de la mitad de la población mundial. [...] no es que el mayor consumo de carne en China e India esté presionando al sistema alimentario, sino que *el modelo industrial de producción de carne de los países del Norte se ha expandido al Sur* en las últimas dos décadas (Holt-Giménez y Patel, 2012, p. 24, las cursivas son nuestras).

De hecho las principales corporaciones estadounidenses (Tyson y Smithfield) lideran la expansión de las industrias de producción de carne en China. Y es el Banco Mundial el que financia la expansión de estas instalaciones para el engorde de ganado en China (a través de su Corporación Internacional de Finanzas –Holt-Giménez y Patel, 2012, p. 23).

Solo los sectores medios y altos pueden concebir y experimentar que la expansión de agrocombustibles y del consumo de carnes produce un avance que mejora su consumo, sea porque se

–organización de campesinos e indígenas presente en numerosos países del mundo entero (Manzanal y González, 2010). La Comisión Coordinadora de Entidades Agropecuarias se crea en 1958 y está conformada en este momento por SRA, CRA, entidades independientes y de cultivos intensivos.

¹⁸ Ténganse en cuenta las agudas transformaciones territoriales y productivas que se desencadenarían si estas prácticas llegaran a difundirse masivamente. Ya que para producir 1 kg de carne se necesitan entre 7 y 8 kilos de granos (Holt-Giménez y Patel, 2012, pp. 23-24).

¹⁹ En relación con la competencia entre alimentos y producción de energía a través de biocombustibles, hay autores que proponen o postulan cierta posibilidad de complementariedad. Sostienen que podría darse una asociación *virtuosa* entre la producción de alimentos y de agrocombustibles. Ignacy Sachs (2009, p. 161) considera que es posible que se gesten una “oportunidad para atacar simultáneamente los dos desafíos del cambio climático y de la generación de oportunidades en el campo, a condición de no entrar en conflicto con la seguridad y la soberanía alimentaria, [...] objetivos primordiales del desarrollo”. Y en este punto expone algunas alternativas que permitirían facilitar la competencia entre bioenergías y alimentos, conformando sistemas integrados de producción de alimentos

asocia con la industria automotriz y con alternativas en el uso y consumo de autos, sea porque contribuye a un supuesto *progreso* de su dieta. Esta percepción es posible porque estos mismos sectores suelen desconocer (o están intencionalmente desinformados por parte de gobiernos y grandes medios de comunicación) acerca de que estos consumos conducen a problemas de alimentación y hambre para la otra mitad de la población mundial, poniendo en riesgo la seguridad alimentaria tanto de la población más vulnerable y carenciada, como de la que previamente se podía sostener bajo diferentes prácticas de autosubsistencia.

Los agronegocios, con sus semillas transgénicas, fertilizantes, pesticidas y diversos agrotóxicos, contaminan y desplazan a los cultivos tradicionales de las poblaciones locales y a las mismas poblaciones (por diversos problemas, entre ellos de salud y de despojo de sus tierras).

La expansión de los *commodities* en general y de los biocombustibles en particular, afecta la cotidianeidad y el tejido social de los ámbitos locales. La vida misma de la población queda comprometida (tanto de la que se ve obligada a emigrar como de la que, de alguna u otra forma, logra permanecer). Un entretreído de hechos relacionados deriva en esta situación:

- El uso del suelo bajo prácticas depredadoras y contaminantes que provienen de la expansión del monocultivo y del cultivo transgénico.
- El acaparamiento de tierras y de sus recursos esenciales, como el agua.
- El desconocimiento o desprecio por el derecho de posesión de la tierra de las comunidades indígenas o de la población criolla, asentada en sus hábitats desde siempre o por generaciones.
- La desvalorización de la formas de vida campesina e indígena.

Miles de campesinos, familias y productores familiares, que viven, subsisten, producen y se reproducen en esos ámbitos, terminan siendo expulsados y despojados de sus bienes bajo variados mecanismos (ilegales o legitimados por los usos y costumbres del poder dominante) que los llevan a emigrar, sea por el no reconocimiento de su derecho de usucapión; por la falta de oportunidades de trabajo y subsistencia; por la presión de los actores interesados en sus tierras; por problemas de salud resultantes de la contaminación ambiental; por la judicialización de su protesta, o por la persecución de la que son objeto. Se ignoran o desestiman sus prácticas de alimentación y de salud, sus modalidades de relación con el medio, sus formas de provisión de alimentos, su relación con la biodiver-

y bioenergía; bioenergías de segunda generación –etanol celulósico obtenido a partir de los residuos vegetales, forestales y gramíneas–; y de tercera generación, asociadas con el aprovechamiento de recursos de la maricultura (Sachs, 2009, pp. 165 y 170).

sidad, sus formas de movilidad y acceso a servicios básicos como el agua y la vivienda. Y por lo tanto son avasallados con distintas acciones de despojo y depredación.

La negación de las identidades y culturas locales, de sus modalidades productivo-tecnológicas y de comercialización –entre ellas las relacionadas con la producción local de semillas y su trueque– se traduce en la imposición de modelos y prácticas foráneas, justificadas por su mayor productividad y eficiencia; aunque en realidad conduzcan a la subordinación al mercado global y a la dependencia del sector financiero y especulativo.

Crisis, especulación y desigualdad: algunas reflexiones finales

Coincidimos con Harvey (2009, pp. 64-116) cuando afirma que la causa básica de todas las crisis del sistema es la sobreacumulación o capacidad excedente; en otras palabras, la incapacidad o imposibilidad de reinversión lucrativa que dificulta realizar el proceso de acumulación expandida (crecimiento):

Múltiples centros dinámicos de acumulación del capital compiten en el escenario mundial debido a fuertes corrientes de sobreacumulación [...] [y al no ser] posible que todos tengan éxito a largo plazo, el más débil sucumbe, cayendo en graves crisis de desvalorización localizada, o, si no, aparecen luchas geopolíticas entre regiones (Harvey, 2009, p. 105, traducción nuestra).

Desde el inicio de la crisis global de 2006-2008 se ha tornado más evidente mundialmente que el capitalismo es un sistema de relaciones sociales instituidas para legalizar la opresión de las mayorías por parte de una minoría privilegiada. Lo cual es aún más notorio cuando descubrimos que:

Cinco años después del punto más álgido de la crisis financiera, a los multimillonarios estadounidenses les va mejor que nunca, según los datos publicados por la revista *Forbes*.

La fortuna total de los 400 estadounidenses más ricos asciende en la actualidad a 2 billones de dólares (1,5 mil millones de euros), unos 300.000 millones más que el año anterior y más del doble que hace diez años.²⁰

²⁰ Véase <http://www.elmundo.es/america/2013/09/16/estados_unidos/1379351347.html>.

En definitiva, las prácticas especulativas están presentes tanto en el caso del petróleo como en el de los alimentos, y aparecen an-

tes y después de cada crisis, en el origen y en sus consecuencias. La suba del precio de los alimentos, por ejemplo, precedió a la crisis financiera de 2008.²¹ Y luego esta misma crisis financiera llevó a que los inversionistas se volcaran al mercado de futuros de las materias primas –arroz, trigo, maíz y soja–, pues especulaban con la posibilidad de aumentos de precios y veían más seguro este mercado. Esto subió los precios de los alimentos incluso más de lo que ya se venía dando desde la crisis alimentaria de 2006 (Holt-Giménez y Patel, 2012, p. 26).²²

El funcionamiento especulativo y las interacciones que se dan entre los distintos sectores de la actividad económica aparecen claramente reflejados en el siguiente ejemplo:

La desregulación de la banca introducida en los años 1980 y 1990 permitió que los bancos invirtieran en otras áreas de la economía, como en materias primas. Los comerciantes de materias primas también empezaron a invertir en mercados financieros. Las compañías agrícolas tradicionales, como Cargill y ADM, desarrollaron ramas de inversión bancaria, mientras que las compañías financieras de servicios tradicionales como Goldman Sachs, se convirtieron en importadoras de materia prima. *Todos estos cruces dificultaron el control sobre la especulación de alimentos y no permitieron prevenir que una crisis en algún sector de la economía (como la quiebra de hipotecas) afecte a los demás sectores* (Holt-Giménez y Patel, 2012, p. 26, las cursivas son nuestras).

Acciones vinculadas a la especulación financiera han estado presentes en las dos crisis mundiales de mayor repercusión de la historia reciente (la de la década de 1970 y la de los años 2006-2008). En la primera, porque fue la que dio origen y consolidó el sistema financiero en el rol central que actualmente ejerce en el contexto económico. Y en la segunda, porque la sucesión de quiebras de instituciones financieras y grandes bancos fue el detonante que mostró que detrás de los rescates y quebrantos se escondían dudosas y fraudulentas operaciones financieras. En la primera, la especulación en torno al precio del petróleo desató la crisis. En la segunda, la especulación atraviesa numerosos sectores, en general, vinculados a los *commodities* (alimentos, petróleo, biocombustibles); aunque fue el sector inmobiliario el primero donde se visualizó de forma generalizada el accionar especulativo.

A pesar de que se suele sostener que la crisis global comienza en Estados Unidos a fines del 2007 o principios de 2008, no es muy arriesgado suponer que sus orígenes se remontan al año 2006, cuando se operó un enorme flujo de capital especulativo que pro-

²¹ Desde los primeros meses del año 2007, comenzó en Estados Unidos una sucesión de quiebras de instituciones ligadas con préstamos hipotecarios; expresiones previas, aunque más aisladas, ya se habían dado durante el año 2006. En sus orígenes, la falta de liquidez y la quiebra de instituciones bancarias y financieras de Estados Unidos fue atribuida a una gran burbuja especulativa ligada a los activos inmobiliarios. Sin embargo, su rápida expansión y magnitud llevaron a considerarla la peor crisis internacional desde la segunda posguerra. Si bien originalmente se la denominó crisis de las hipotecas *subprime*, ya en agosto de 2007 era ampliamente identificada como crisis financiera (por su vinculación con la caída bursátil generalizada que se operó entonces). Y en los primeros meses de 2008 pasó a considerársela una crisis económica, porque llegó a la economía real y una fuerte recesión afectó a varios países europeos (entre ellos España, donde inicialmente también se la identificó con una burbuja inmobiliaria).

²² Esta suba en el precio de los alimentos (que deteriora la ya precaria situación de vida de las masas de población pobre y hambrienta del mundo) es una de las causas detonantes de los levantamientos que se dieron alrededor del mundo, a partir de la conocida “Primavera árabe” de 2010 (que además se planteó como

movió la suba del precio de los alimentos y la crisis alimentaria mundial de 2006.

Esta modalidad especulativa ha quedado oculta parcialmente. En cambio, esta misma crisis resultó mundialmente visible cuando llega a Wall Street, al distrito financiero de Nueva York, centro del poder y del mundo, cuando afecta la cotidianeidad y la vida de los más ricos entre los ricos y cuando está en juego su patrón de consumo y acumulación (más aun si luego se expande, como sucedió, hacia otros países del Primer Mundo –Europa, Japón y otros desarrollados).

En este contexto, América Latina suma su específica problemática, que es la de una aguda y persistente desigualdad social, que en la crisis se torna más evidente y que no se logra contrarrestar, a pesar de haber tenido más de un lustro de inédito crecimiento (2003-2011: 5% promedio anual, exceptuando el año 2009 en el que la crisis global impactó, generando una caída promedio de 2% –Manzanal, 2013, p. 28). En relación con este tema y con la crisis alimentaria y energética, Da Silva, Gómez y Castañeda (2008, p. 17, las cursivas son nuestras) sostienen sobre América Latina:

Dos imágenes distintas en una misma región: por una parte un crecimiento sostenido que no hemos visto desde la década de 1970, entre 2003 y 2007 la economía creció casi 5% en promedio. Por otra, el surgimiento de un conjunto de nuevos factores, transformaciones globales como *el cambio de patrones climáticos, el alza de precios de los alimentos y la crisis energética*, que representan un riesgo para la seguridad alimentaria y la erradicación de la pobreza. Dos realidades que se unen por desequilibrios entre crecimiento y pobreza rural, y que hacen que nuestra región se destaque como la más desigual del planeta.

una oposición a gobiernos autoritarios y corruptos). Luego estos movimientos populares se extendieron a otros países y sectores de la población de Grecia, España, Estados Unidos, Colombia, México y Chile. Si bien en cada lugar los movimientos adquirieron características propias y tuvieron demandas diversas (ligadas con los alimentos, con la falta de vivienda, con la pérdida de trabajo, con las malas o deterioradas condiciones de educación y salud, etc.), se puso en evidencia la desigualdad creciente de sectores pobres y medios frente a las grandes riquezas acumuladas, antes y durante las crisis.

Frente a un consumo exacerbado, una riqueza incalculable y en crecimiento (que la propia crisis parece impulsar) aparece la mayoría de la población mundial en situación pobreza o de infraconsumo. Situaciones sociales con tan evidentes injusticias ponen a la democracia en riesgo, potenciando los enfrentamientos entre neoconservadores y movimientos de resistencia, por el poder y el territorio.

El futuro es una construcción social difícil de prever y de direccionar. Aun así, parte de la realidad descripta nos lleva a preguntarnos: ¿Estamos ante un fin de ciclo? ¿Son factibles en el mediano plazo profundos cambios del modelo económico, político-institucional y sociocultural? Se trata de cuestiones muy difíciles de visualizar y reconocer. De todos modos, no dudamos de que las

luchas y resistencias en defensa de los recursos básicos (como la salud, la tierra, el agua, la biodiversidad, la vivienda) de la identidad y de la cultura tendrán un rol central. En este marco, la búsqueda de una mayor igualdad, de una menor desigualdad, constituirá el motor de la lucha política. Y pensamos que es posible que este sea el único camino que se abra para enfrentar la especulación y la financiarización de la economía que se traduce en despojo social y territorial. De ser así, seguramente una nueva realidad se abrirá ante nosotros.

Bibliografía

- Cepal (2010), *La hora de la igualdad. Brechas por cerrar, caminos por abrir*, Santiago, Naciones Unidas.
- Da Silva, G., S. Gómez y R. Castañeda (2008), “Boom agrícola y persistencia de la pobreza rural en América Latina”, *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, N° 218.
- FAO (2009), “El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo. Crisis económicas: repercusiones y enseñanzas extraídas”, WFP/FAO, Roma. Disponible en <<ftp://ftp.fao.org/docrep/fao/012/i0876s/i0876s.pdf>>.
- (2013), *FAO Statistical Yearbook 2013. World Food and Agriculture*, Roma.
- Fernández Nadal, E. y G. D. Silnik (2012), “Entrevista a Franz Joseph Hinkelammert”, *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, N° 43, Clacso, junio. Disponible en <<biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/coediciones/20120831014847/TeologiaProfana.pdf>>.
- Harvey, D. (2009), *O novo imperialismo*, 3ª ed., San Pablo, Edições Loyola.
- Holt-Giménez, E. y R. Patel (2012), *¡Rebeliones alimentarias! La crisis y el hambre por la justicia*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas/Miguel Ángel Porrúa.
- Krugman, P. (2014), “¿Una nueva crisis en puerta?”, *IECO Clarín*, 2 de febrero 2014, Buenos Aires.
- Manzanal, M. (2013), “Poder y desarrollo. Dilemas y desafíos frente a un futuro ¿cada vez más desigual?”, en Manzanal, M. y M. Ponce (2013), *La desigualdad ¿del desarrollo? Controversias y disyuntivas del desarrollo rural en el norte argentino*, Buenos Aires, Ediciones CICCUS.
- y González, F. (2010): “Soberanía alimentaria y agricultura familiar. Oportunidades y desafíos del caso argentino”, *Realidad Económica*, 255, diciembre, Buenos Aires, IADE, pp. 51-67.
- Sachs, I. (2009), “Bionergias: Uma janela de oportunidade”, en Abramovay, R. (org.), *Biocombustíveis. A energia da controversia*, San Pablo, Editora Senac.

- Stiglitz, J. (2014), "Economía mundial: el Gran Decaimiento", *IECO Clarín*, 12 de enero 2014, Buenos Aires.
- Svampa, M. (2013), "'Consenso de los Commodities' y lenguajes de valoración en América Latina", *Nueva Sociedad*, N° 244, marzo-abril.
- UN Millennium Project (2005), *Investing in Development. A practical plan to achieve the Millennium Development Goals, UK and USA*.
- Von der Weid, J. M. (2009), "Agrocombustíveis: solução ou problema?", en Abramovay, R. (org.), *Biocombustíveis. A energia da controversia*, San Pablo, Editora Senac.

(Recibido el 5 de marzo de 2014.)

(Evaluado el 28 de marzo de 2014.)

Autora

Mabel Manzanal es investigadora principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (Conicet), profesora titular de la Universidad de Buenos Aires y directora del PERT (Programa de Economías Regionales y Estudios Territoriales, del Instituto de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires).

Publicaciones recientes:

- , M. Arzeno y M. Ponce (2013), "Desarrollo, territorio y conflicto en el nordeste de Misiones", *AVA Revista de Antropología*, N° 19, Posadas, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones, pp. 289-316.
- y M. Ponce M (orgs.) (2013), *La desigualdad ¿del desarrollo? Controversias y disyuntivas del desarrollo rural en el norte argentino*, Buenos Aires, CICCUS.
- (2012), "Desigualdad y desarrollo en América Latina. Conceptos y realidades ¿puestas o complementarias?", *Revista Geo UERJ*, vol. 2, N° 24, 2° semestre.

Cómo citar este artículo

Manzanal, Mabel, "Crisis, especulación y desigualdad en América Latina. Las nuevas formas de valoración del capital y de producción del territorio frente a la problemática del hambre y la desnutrición", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 6, N° 25, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2014, pp. 27-44, edición digital, <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/330-revista-de-ciencias-sociales-n-25.php>>.